

The background is a solid black color. It is decorated with several hand-drawn floral elements in vibrant orange and green. In the top left, there is a large, detailed orange flower with green leaves and thin, white, wispy lines trailing from it. In the top right, there is a green leafy branch. In the middle right, there is a small, white, feathery plant. In the bottom right, there is another small, white, feathery plant. In the bottom left, there are two orange flowers, one larger than the other, with green leaves and white wispy lines. In the center, there are two more orange flowers, one larger than the other, with green leaves and white wispy lines. The text is written in a white, elegant, cursive font. The main title is 'El milagro de una Ninfa' and the subtitle is 'y otros relatos'. The author's name is 'Cristin Ferro'.

Cristin
Ferro

**El milagro de
una ninfa
y otros relatos**

**El milagro de una ninfa
y otros relatos**

Cristin Ferro

© Cristin Ferro

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por

fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede

ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad

en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Cristin Ferro

www.cristinferro.wordpress.com

Índice

Sinopsis

Sueña con tu futuro

Karma en Halloween

Amar a un ángel

Un milagro para Navidad

San Valentín

¿Qué hago yo aquí?

El milagro de una ninfa

Agradecimientos

Sobre mí

Para los cuatro ángeles
que me cuidan desde el cielo.

Sinopsis



La vida tiene diferentes fases, pruebas que hay que pasar y dificultades que hemos de superar. En este recopilatorio de relatos, hay dolor, amor, sufrimiento y risas. Porque todo tiene su momento y lugar.

Sumérgete en la inocencia, la amistad y la familia, déjate llevar por los sentimientos y descubre diferentes formas de vivir en estos siete relatos llenos de sensaciones.



Sueña con tu futuro



¿Qué quiero ser de mayor?

Como si fuera tan fácil saber a los dieciséis que quieres hacer el resto de tu vida.

Me han hecho esa pregunta tantas veces que ya no sé si respondo por responder y que me dejen en paz o porque, en ese momento, de verdad lo tengo tan claro...

He de admitir que, desde muy pequeña, mi posible futuro se ha ido truncando o evolucionando, dependiendo de cuáles fuesen mis aspiraciones, aunque fue un poco culpa mía, pues dejé que lo que otros pensaban me afectara y eso no está bien.

Recuerdo que, con cuatro años, la respuesta era siempre veterinaria. Creo que lo fue hasta que entendí que no solo sería atender perritos y gatitos monísimos, sino que habría otros bichos con los que a día de hoy continuo sin poder relacionarme, es superior a mí... Me estremezco solo de pensar en tener que agarrar un reptil entre mis manos. ¿Por qué querría alguien tener un bicho así de mascota? O ya puestos, ¿cómo pretenden que trate a una tarántula? Si son unos bichos súper asquerosos. ¡Qué rara que es la gente!

A los cinco quería ser bombera. Sí, era una locura, sobre todo si tenemos en cuenta que la sola idea de acercarme al fuego me asusta, pero, en aquel momento, me parecía la leche. Os contaré dos secretos: Uno, me entusiasmé mucho con la idea después de ver como los bomberos venían a apagar el incendio que abrasó el monte de mi pueblo, yo quería ser como ellos: valiente, trabajadora y audaz; dos, aún sigo pensando que es un trabajo maravilloso, estar todo el día rodeada de hombres fuertes, musculosos, valientes... pero no es mi trabajo. Soy demasiado enclenque para hacer lo que hace esta gente.

A los seis se me dio por ser policía, sí, yo quería ser lo más y detener a los maleantes. ¿Cuál fue el problema con esto? Pues que mis padres insistían en que acabaría yo entre rejas, así como mis hermanos. Vale que siempre fui un poco traste, que me metía en líos, pero a todo había quien me ganase, y tanto que lo había... Yo quería meter presos a los niños malos del cole, a las niñas tontas que tiraban de las coletas a las demás o incluso a los profesores que mandaban muchos deberes para casa, pero no a mis hermanos y mucho menos a mí misma.

A los siete me decanté por ser médico. Ya te puedes imaginar cómo acabo esto... Mi madre, tan simpática ella, dijo que debía entender lo que era ser médico, al menos un poco mejor, y me puso una serie en la tele... ¡Solo recordarlo vuelvo a tener arcadas! ¿Era necesario enseñar cómo le sacaban todos los órganos del cuerpo y los volvían a meter? Sí, fue una ilusión pasajera, pero que muy pasajera. Definitivamente, estudiar medicina está muy sobrevalorado. Tanta sangre por

todos lados, tanto dolor y sufrimiento... Aún me estremezco solo con pensarlo.

A los ocho pensé que sería genial ser bailarina. Mi madre, tan buena ella, me apuntó a clases de ballet, que según decían, es la base de la danza. Tanto sube la pierna, estira los brazos, espalda recta, barbilla alta, mirada al frente y similares, acabaron con mis pocas ganas de bailar, al menos de hacerlo con semejante música, atuendo y profesora. ¿A quién se le ocurre ponerse unos calcetines enanos sobre las medias, un tutú horrible y un lazo en la cabeza para atar el pelo? Si solo estábamos ensayando, no era el maldito cascanueces, ni el lago de los cisnes, solo entrenábamos. Aunque tampoco es que me emocionase demasiado la idea de mostrarme así en público, que una tenía una reputación que mantener y con esa pinta iba a ser el hazmereír del colegio.

A los nueve decidí ser bibliotecaria. Con lo mucho que a mí me gusta leer, ese debería ser mi trabajo soñado. ¡Pues no! Ese tampoco me valía. Eso de tener que estar mandando callar a todo el mundo, de vigilar que los demás hagan y no poder hacer nada yo... ¡Paso! Mi idea perfecta de estar rodeada de libros y leyendo todo el día se fue al traste, pero no he dejado de leer, solo que no voy a la biblioteca, allí siempre están con el *shh shh* a vueltas y no me dejan concentrarme. Como para ser yo la que esté molestando todo el rato... ¡Ni hablar!

A los diez, ilusa de mí, se me dio por ser banquera. Papá siempre decía que en el banco era donde estaba el dinero y que los trabajadores de allí no se lo querían dar. Pues bien, mi solución a sus males fue la siguiente: Si yo entro a trabajar al banco, papá tendrá todo el dinero que quiera y ya no tendrá que refunfuñar tanto. Pero claro, una vez más, me explicaron que el dinero del banco no es de los trabajadores y que, por más que yo quisiera dárselo a papá, no podría... Bueno, pues hasta ahí mi futuro como banquera. Con lo mal que se me dan los números, era demasiado ambicioso, pero de ilusiones también se puede vivir, ¿no?

A los once quise ser superhéroe, como las de las películas de Marvel. Me encanta ver cómo estos personajes siempre acaban salvando el mundo. Esta vez el que me bajó de la nube, en la que estaba construyendo mi castillo, fue mi hermano mayor. Tan simpático como siempre, tras una pelea, en la que fui humillantemente derrotada, él me preguntó cuál era mi superpoder y, claro, no tengo de eso, por lo que todas mis ilusiones de nuevo a la basura.

¿Cómo pretenden que sepa qué quiero hacer con mi vida si se encargan de destrozarnos todos los futuros alternativos que me voy buscando?

Pues bien, a los doce ya era un poco más espabilada y decidí que iba a ser ladrona. En las noticias siempre se veía que salían impunes de sus crímenes y claro, tenían un montón de dinero. Y como siempre dice papá, el dinero es quien mueve el mundo. Aunque haberme decantado por este oficio no hacía más que confirmar las palabras de mis padres, a mí me hacía mucha ilusión salir en las noticias como el yerno del rey y después irme de rositas. Que si él podía, pues yo también. Aunque claro, algún simpático me explicó que las leyes no son iguales para todos y que seguramente yo, por ser una mindundi, sí iría a la cárcel. ¿Qué narices le pasaba a la justicia? Eso no estaba bien, yo siempre escuché eso de o todos o ninguno y aquí no hacían ni caso...

Pues de ahí salió mi ambición de los trece. Decidí ser jueza, nada de conformarse con abogada, esos solo defienden a los malos y lo que yo quería era impartir justicia. Había decidido que si los pobres iban a la cárcel, quería que también fueran los ricos. ¿Se puede ser más ilusa? Ser jueza era, para mí, algo así como ser Dios. No me había parado en pensar en los trecientos años que tenía que pasarme estudiando, como si a mí me gustase estudiar. Razón por la que desistí de nuevo y empecé a pensar que, quizá, es que no tenía futuro y por eso era tan difícil para mí.

A los catorce decidí estudiar las artes ocultas. Vi en una fiesta a una vieja echando las cartas y

leyendo la buenaventura y se me antojó un futuro de lo más interesante. Al indagar un poco en el tema comprendí que eso era todo un timo y de nuevo, mi gozo en un pozo. Todo lo que fui investigando resultó ser un fraude y yo no hacía más que flagelarme por mi más que evidente mal ojo para elegir mi futuro.

A los quince, con la desidia típica de la adolescencia, decidí que iba a ser una Nini. A la mayoría de mis compañeros del instituto le parecía la leche dedicarse a vagar, no hacer nada en todo el día, vivir mantenidos por papá y mamá el resto de sus vidas, pero a mí no me hacía tanta gracia. Es más, muchos todavía piensan así, deduzco que por la revolución hormonal a la que están sometidos, esperemos que con los años se le pase o, como dice mi padre, ¡a ver quién va a pagar mi jubilación! A mí, eso de pasarme el día en la cama, tener que pedir dinero a mis padres para todo y no ayudar en nada, no me convence. Desde pequeña, mi madre me ha enseñado, al igual que a mis hermanos, que todos tenemos que colaborar en casa, que si nos aplicamos tenemos nuestra paga y que si no cumplimos, pues no la tenemos. Una forma de hacernos ver lo que valen las cosas, según ella, y creo que funcionó...

A día de hoy, con mis dieciséis más que cumplidos, con la ESO acabada y la decisión más importante de mi vida por tomar, tengo claras dos cosas: los números no son lo mío y me encanta escribir. Quizá ese deba ser el camino a seguir, o quizá no.

No sé si seré escritora, no sé si me conformaré con corregir los libros de otros, tampoco sé si me haré editora o si simplemente me volveré a desviar del camino, lo que tengo claro es que sin sueños no hay futuro. Que las ilusiones alimentan los sueños, la ambición los impulsa y el trabajo duro los hace realidad. Si tienes un sueño, lucha por él.

Por más que te digan que es imposible, que no es una buena idea o que te llamen loco, si es lo que quieres hacer, no lo dudes, hazlo.



Karma en Halloween



Esto es una mala idea.

Sí, sin duda lo es.

¿Por qué me dejaría convencer?

Resoplo y vuelvo a mirarme al espejo, parezco una buscona, por más que lo miro y más que tiro de aquí y de allí, la tela no da más de sí, no hay suficiente.

—Esta me la pagas Nadia...

Decidida a aguantar la fiesta y volver a casa lo más pronto posible, me pongo mi chaqueta de piel negra y me dirijo a la puerta. La tentación de flagelarme al echarme otra ojeada me detiene ante el espejo y suspiro al verme. Se supone que voy disfrazada de diablesa y, que Dios me perdone, pero yo aquí de diablo nada más que veo el rabo y el tridente. Desde el corsé negro con puntillas rojas, a la mini muy mini falda del mismo color, pasando por el liguero negro con las medias de rejilla, las botas altas negras y los cuernitos de plástico entre mis rizos rubios, esto es disfraz de todo menos de diablesa.

Cojo aire, impulso y ánimos, todo lo que necesito para salir de esta guisa a la calle y no sentir que voy a ejercer el oficio más viejo del mundo. Tocan al timbre y, sin muchas ganas, corro a abrir. Nadia está en la puerta, ante mí, vestida exactamente con la misma ropa que yo, aunque creo que a ella le queda mejor, su figura es más estilizada y se nota con tan poca tela. La fulmino con la mirada y cierro con un portazo tras recoger el bolso.

—Me debes una, pero una de las grandes.

—No seas quejica

—Claro, eso lo dice la que lleva los tacones más bajos, la falda más larga y el corsé más flojo. Que sepas que te odio.

—No son más bajos, bueno, un poco sí, pero es que soy más alta que tú y no quería hacerte sentir mal. —La fulmino con la mirada y se ríe.

—¿Y lo demás? Porque si solo fuesen los tacones...

—La falda es la misma, que culpa tengo yo de tener el culo más pequeño. —Vuelvo a mirarla mal y la muy sádica se ríe a carcajadas, ni más ni menos que a carcajadas.

—Mala amiga...

—Vamos Aria, no seas así, sabes que estás siendo un pelín exagerada. Estás preciosa... —Se acerca a mí y enlaza su brazo con el mío. —Hoy más de uno va a caer en tus redes, seguro que ese al que le has echado el ojo, el guapo del gimnasio, estará allí. Aprovecha y lígatelos. —Suspiro, ojalá yo estuviese tan convencida como mi amiga.

—¿Cómo sabes que Dani va a estar allí? ¿Te lo dijo él?

—No, pero el chico que organiza la fiesta me ha dicho que lo ha invitado.

—Ah...

—Vamos Aria, ámate. Solo es Halloween una vez al año, disfruta.

—Si, claro, lo haré...

No muy convencida, acompaño a mi amiga hasta la casa del chico por el que está colada, el que organiza la fiesta y el que estoy segura me la robará en cuanto lleguemos.

—No me vas a dejar sola ¿verdad? —La miro de reojo y sonrío. —No sonrías, si me dejas sola me voy, avisada estás.

—Vale, no te preocupes, no te dejaré sola.

—Más te vale.

Llegamos a la puerta y Nadia toca el timbre. Al momento, como si nos esperara, Carlos, su ligue, abre la puerta y nos deja entrar. Se miran, se devoran con los ojos para ser más precisos, y mi amiga se muerde el labio a la vez que le dice adiós. Juntas entramos en la vorágine de cuerpos que es esta casa y nos acercamos a una barra improvisada, tras la cual está un camarero muy amable que nos pone dos daikiris en las manos. Al menos la bebida me gusta...

Doy un sorbo a mi coctel y miro a la gente que nos rodea. Están bailando, bebiendo y disfrutando, algo que yo debería hacer también. Me fijo en los disfraces de las chicas y la mayoría llevan tan poca tela como yo, lo que me hace comprender lo que Nadia intentó repetir por activa y por pasiva esta mañana, cuando me trajo el disfraz, si no me hubiese vestido así, desentonaría.

La música, el ambiente festivo y de buen rollo, mi amiga que me anima y, para qué negarlo, la bebida, me van animando y en cuanto suena nuestra canción, al menos la de este verano, nos echamos las dos a la pista a bailar como si no hubiese mañana.

Canción tras canción las dos nos movemos al ritmo, nos pegamos en las lentas y nos separamos en las más rápidas hasta que, de pronto, mi amiga es reclamada por nuestro anfitrión y yo me quedo sola en medio de la manada que no deja de saltar y cantar.

Al principio intento animarme, mezclarme con la gente, pero cuando me dirijo a la barra a por otra copa y veo a Dani, el tío por el que llevo suspirando desde principio de año, besándose con otra, mi mundo se detiene.

No sé si pasan minutos, horas o segundos, me quedo clavada mirándolos, viendo como se besan, como ella enlaza sus manos en la nuca de él y como Dani acaricia cada centímetro de piel que la chica deja expuesta, casi tanta como yo, por lo que... Poco queda sin tocar.

Siento que mis pulmones no logran introducir aire, que mi corazón se acelera y que todo gira a mi alrededor. De pronto parece que estoy subida en una ruleta que no deja de dar vueltas, cada vez más rápido, siento que todo a mi alrededor se desdibuja y que si no salgo pronto de aquí voy a sufrir un ataque de ansiedad o algo peor, puede que me entre una vena homicida y me dé por asesinar a Dani y a la chica que tiene entre sus brazos.

A trompicones avanzo por el salón, voy tropezando con la gente, que me increpa y me empuja, lo que dificulta más aún mi intento de salir a tomar el aire. De una chica vestida de enfermera a un chico de Dracula, me impulso en uno y este me empuja hacia el otro, así voy, dando traspiés por un largo periodo de tiempo en el que no dejo de imaginar los colmillos de mentira del dichoso vampiro en mi cuello, bebiendo mi sangre hasta matarme o la jeringuilla que lleva la enfermera acabando con mi vida.

Si, lo sé, soy un poco, bastante... Vale, mucho, soy muy dramática y estoy exagerando, pero esta fiesta ha tomado un camino diferente para mí ahora, lo único que yo quiero es salir, tomar el aire y en cuanto me sienta bien, irme a mi casa.

Cuando por fin, tras mucho bandazo y tropiezo, llego a la salida, mi amiga me ve y viene hacia

mí. Salgo a la carrera, evitando que me lo impida y me escondo tras unos arbustos, al lado de la carretera. Desde ahí, escondida entre espinas de rosales y hojas secas, vigilo a Nadia y su intento fallido de hacerme volver a la fiesta.

Sí, esta vez gano yo.

Me dejo caer en el suelo, que está frío y húmedo, lo que me hace recuperar el ánimo y poco a poco centrar mi mente. Me paso unos minutos viendo la gente ir y venir, criticando los disfraces de todos y sin perder detalle de si alguien conocido pasa por aquí, sobre todo si se va y me puede llevar a casa. Para mi desgracia, eso no pasa.

Minutos después, aburrida y empezando a sentir la congelación de mis pies, me pongo en pie y salgo de detrás del arbusto. En cuanto doy un paso, pasa un coche a mi lado, demasiado rápido, y pisa un charco enorme, que me empapa de arriba a abajo.

Me quedo como una boba mirando la carretera, a la espera de que el conductor vuelva, aunque solo sea para disculparse pero eso no pasa. Un escalofrío me recorre y me hace ser consciente de que estoy, en plena noche, en el mes de noviembre, porque ya es noviembre, en la calle, mojada y con muy poca ropa. Joder, de esta pillo una pulmonía...

Resoplando, vuelvo a la casa. La gente con la que me cruzo se me quedan mirando, pero tienen la decencia de no decir nada. Sí, yo creo que calladitos están más bonitos, y ellos parecen pensar lo mismo.

Timbro, tal como hizo mi amiga antes, pero yo me canso de esperar a que alguien me abra. ¡Maldita sea! Tengo frío, estoy mojada, el tío que me gusta está enrollándose con otra, ¿qué más puede salir mal?

La puerta no se abre. Nada. Llevo un rato con el dedo pegado al timbre y no hay manera. Una idea parece en mi mente y, como no tengo nada que perder, la llevo a cabo. Me alejo de la puerta principal y rodeo la casa por el jardín, seguro que habrá alguna puerta trasera o una ventana abierta, lo que sea, necesito entrar...

Me siento como una ladrona que acecha en las sombras mientras recorro el maldito jardín, que está adornado con papel, simulando telas de araña y más cosas que no logro identificar. No sé quien va a limpiar todo esto, pero menos mal que yo no.

Una ventana con luz aparece ante mí, feliz porque seguro hay gente en la habitación y me pueden ayudar, me asomo. Y tal cual me asomo me escondo.

—Me he quedado ciega...

Me cubro los ojos y trato de borrar de mi cerebro la imagen que mi retina ha captado. No, no puedo. ¿Por qué tenía que ser él? Desolada me dejo caer en el suelo, con la espalda pegada a la pared y empiezo a autocondolarme. Si, ya sé que no está bien, pero acabo de ver al hombre del que estoy enamorada... Bueno, enamorada no, tampoco exageremos, digamos que el tío que me gusta, si así mejor... Pues eso, que lo acabo de ver trincándose a la chica de antes. Pobre chica, si ni se ha quitado la ropa.

La verdad es que, un tío que ni se baja los pantalones para hacerlo, no se merece ni una sola de mis lágrimas. Eso. Fuerte Aria, arriba y a buscar una maldita entrada en esta casa del demonio para poder hablar con Nadia e irte a casa. Sí, eso es.

Me levanto, esquivo la ventana y sigo avanzando. Otra ventana con luz llama mi atención, pero el miedo a lo que pueda haber dentro me detiene. Mi cabeza empieza a dar vueltas a las mil opciones y una pregunta brilla con fuerza: ¿Qué puede ser peor que lo que ya he visto?

Nada.

Eso es cierto.

Doy un paso más y me asomo, o lo intento. El pie se me ha atascado en una piedra del caminito este de mierda y no sale. Malditos tacones de aguja, ¿por qué no me negué a ponérmelos? Forcejeo con la pierna hasta que consigo mover el pie, si literal, he movido el pie, porque el tacón de las narices se ha quedado en la condenada piedra.

Miro al cielo y suelto un grito de pura desesperación.

—¿Me estás vacilando? ¿Qué hice para que me castigues así? ¿Si no tienes nadie con quien ensañarte, ve a la habitación de ahí atrás y llena de ETS a ese par, pero déjame vivir. ¡Joder!

Doy el último paso hasta la ventana traqueteando como puedo, porque no veas lo complicado que es caminar sin un tacón, y la ventana se abre antes de que yo la golpee.

—Por Dios, Aria, ¿qué te ha pasado?

—Creo que es bastante evidente. Y deja a Dios fuera, me la tiene jurada el muy...

—Espera, voy a la entrada y te abro...

—Ni se te ocurra, no quiero que me vean así.

—Pero... Si estás genial, pareces una diablesa zombie... —Su voz va perdiendo fuerza según mi cara se torna seria. —O quizá solo mojada y cabreada, sí, eso es.

—¿Qué sucede nena?

—El que faltaba... —Susurro al ver a Carlos asomarse a la ventana.

—Pero... ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Me ha salpicado un coche, me he roto un tacón, he visto a Dani tirarse a una morena y para más inri, mis amigos, en vez de ayudarme se están burlando de mí. ¿Cómo voy a estar bien? —El tono de mi voz ha ido subiendo según soltaba el discurso y ambos se han puesto serios al escucharme, o al verme, creo que ahora mismo parezco una furia recién salida de las profundidades del averno.

—Ve al final del camino, ahora te abro la puerta trasera. —Carlos es directo y así lo prefiero, no tengo ganas de tonterías.

Camino, como buenamente puedo, hasta la puerta, donde me espera mi amiga, con cara de no haber roto un plato en su vida y con una toalla enorme en las manos, acompañada de Carlos con cara de cachorrillo apaleado. Vaya par de manipuladores.

—No estoy enfadada, al menos no con vosotros, ¿vale? Dejad de mirarme así.

Los dos se acercan y entre sus brazos me guían al cuarto de baño, donde intentan entrar y se lo impido.

—Vale chicos, volved a lo que sea que estabais haciendo —alzo una mano y silencio lo que sea que mi amiga fuese a decir. —No quiero detalles, solo vuelve a ello, ya me arreglo sola.

—¿Segura? No me cuesta nada...

—Sí, segura. Id.

Agarro la toalla, me envuelvo en ella y les cierro la puerta en las narices. Así no tienen excusa para volver a sus avances como pareja o lo que sea que estuviesen haciendo.

Me miro al espejo y suspiro. Si antes me daba cosa verme, ahora me da miedo, repelús y un montón de cosas que no voy ni a mencionar. ¡Parezco una prostituta zombie!

Me seco bien con la toalla y, dentro de mis posibilidades, que son más bien nulas, me arreglo el maquillaje, el pelo y trato de recomponer el disfraz. Con el tacón ni lo intento, milagros aún no sé hacer.

Un buen rato después, tras varios golpes en la puerta que he ignorado sin ningún tipo de remordimiento, abandono el refugio que supone el baño para volver a la vorágine de cuerpos del salón. Busco a mi amiga, como si fuese a verla en medio de toda esta gente, y acabo por desistir.

Con ganas de entrar en calor, voy a junto el camarero y le pido una copa, al menos el alcohol me calienta por dentro, por fuera ya hice todo lo que pude.

Me apoyo en una pared, medio escondida, y observo a la gente moverse, bailar, reír y sobre todo ligar. O intentarlo...

Estoy absorta en mi estudio del ser humano y sus patéticas conductas cuando un zombie, muy poco agraciado he de añadir, se apoya en la pared a mi lado. Me mira, como si esperase algo, y me encojo de hombros. Me da un poco de asco su disfraz, obvio, sé que no se le cae la piel de verdad, pero es tan realista que produce escalofríos.

Lo miro a los ojos, pero lleva lentillas blancas, lo que da aún más mal rollo al verlo. Entre los pegotes de la cara, los ojos blancos y las pintas, parece haber robado la ropa en un contenedor, no sé qué esperar de él y desde luego, puedo asegurar que no tengo ni la más remota idea de quien es.

Nos miramos en silencio y al chico parece hacerle gracia. Me observa descaradamente, repasando mi figura con sus ojos escalofriantes y siento que algo se calienta en mi interior. Vale, no le gusto a Dani, pero eso no significa que no le guste a los demás hombres del mundo.

Feliz por haber llamado su atención, a pesar de mis pintas, le sonrío. El chico, sin mediar palabra, me tiende la mano. Supongo que me está saludando, aunque claro, para eso la pones de lado, no plana... Lo observo y espero, quizá si hablase lo reconocería, o simplemente lo entendería, que tampoco vendría mal. Pero no, no dice ni media palabra, se limita a mirarme, con la mano tendida y hacer un amago de sonrisa, aunque con los pegotes de la cara no lo tengo muy claro. El chico sigue mirándome con la mano tendida, esta vez me hace un gesto con la cabeza, claro indicio de que quiere que vayamos a la pista, lo que implica que...

¿Me está invitando a bailar?

Ay pobrecito... Claro, con ese disfraz, el pobre, no consigue ligar con las chicas guapas y secas de la fiesta y se tiene que conformar con el adefesio empapado, bueno... ¿Qué se le va a hacer? Que nadie diga que no soy una buena persona, voy a bailar con él para que no se sienta tan solo. Pero ojo, es para que él no se sienta solo, que yo estaba muy bien aquí observando a los demás, a mi rollo, sin meterme con nadie.

Decidida, con una sonrisa, le agarro la mano y me dejo arrastrar a la pista de baile. En ese momento empieza a sonar el 1,2,3 de Sofia Reyes, canción que este verano he bailado muchas veces con Nadia y cuya letra me hace gracia, nos va al pelo. Yo mezo las caderas al ritmo de la música mientras tarareo la letra, que obviamente me sé enterita. Él parece divertido al verme y se une al baile. Se pega a mi espalda, acercando sus caderas a mi trasero y juntos, como si lo hubiésemos hecho toda la vida, bailamos la canción, incluso metemos un poco de tuerking y nos compenetramos tan bien que la gente empieza a hacernos hueco y a mirarnos.

Yo ignoro las miradas, a pesar de ser consciente de que debemos hacer una pareja de lo más simpática, el zombie y la diablesa atropellada, si... Una pareja interesante.

Olvidando todo, me dejo arrastrar por él, por la música que nos rodea y por las ganas de olvidar lo ocurrido al inicio de la noche. Sus manos, llenas de pegotes asquerosos, rodean mi cintura y me transmiten calidez a la vez que me pegan más a su cuerpo.

Entre nosotros no cabe ni un alfiler, por lo que soy consciente de la excitación de la que es presa mi zombie bailarín. Con una sonrisa malvada, lo tiento, lo caliento y lo vuelvo a tentar, pero sin ir más allá. Bailamos y disfrutamos de la mutua compañía, en absoluto silencio y maravillosamente compenetrados.

Por mi mente pasa un flash, un momento similar vivido años atrás, cuando en unas fiestas del pueblo, bailé con mi vecino, pero... Ni estoy en el pueblo, ni tendría nada que hacer Asier aquí.

Lo descarto y continúo bailando por un buen rato.

Cuando ponen una balada, la cosa se pone demasiado romántica y le pido a mi zombie mudito que me acompañe a por algo de beber. Esta vez pido agua, ya bastante alcohol he ingerido y con tanto ejercicio necesito hidratarme. El zombie hace una seña al camarero para que ponga dos aguas y continúa en su silencio.

Doy un trago a mi botella y le miro de reojo, al tragar, el movimiento que hace su nuez, me revoluciona las hormonas. Pero... ¿Qué me pasa? Llevo meses colada por Dani y en unos minutos he caído en las redes de un zombie mudo, un tío que me da repelús mirar a los ojos y ya ni te digo tocar... Creo que aquí le echan algo raro al agua, si, tiene que ser eso.

El zombie me toma de la mano y me guía entre la gente hacia el interior de la casa, entra en un dormitorio y cierra la puerta a su espalda, dejándonos a los dos solos y casi en silencio. Se acerca lentamente a mí, con ese amago de sonrisa que me pone nerviosa, y agarra de nuevo mi mano. Me guía hasta la cama, donde se sienta y espera a que yo haga lo mismo. Tanto mutismo me está volviendo loca, pero obedezco y espero. Supongo que ahora me dirá quién es ¿no?

Suelta mi mano y alza la suya, desliza los dedos lentamente por mi rostro y aparta un mechón de mi rubio cabello, enredándolo tras mi oreja. Ese recorrido de su mano tan nimio, algo que muchos otros han hecho antes, me eriza la piel. No sé que tiene el zombie este de las narices, pero me vuelve loca con solo rozarme.

Su mano se desliza por mi cuello, ascendiendo hacia mi nuca, donde permanece mientras acerca su rostro al mío. Nuestros ojos se anclan, nuestras miradas se funden y siento como miles de palabras no dichas son susurradas por la intensidad de su mirada, a pesar de no ver el color de sus ojos, siento su calidez. Su cara se acerca a la mía, sus labios quedan a un suspiro de los míos y siento una enorme decepción al creer que no va a hacerlo, que no va a besarme. Pero lo hace.

Acorta la distancia entre nosotros y me besa, al principio es solo un roce, una caricia sutil de su boca en la mía, pero la pasión toma el control y su lengua se enreda con la mía en una batalla en la que no hay ganadores.

Cuando interrumpe el beso, apoya su frente en la mía y ahí sí, en ese momento, con su sabor aún en mis labios lo reconozco. Es exactamente lo mismo que hizo hace tantos años, exactamente el mismo beso, el mismo gesto, es él.

—Asier...

—Hola, Aria. Has tardado en reconocermme.

Los dos sonreímos y volvemos a besarnos, ahora no hay nadie que nos lo impida, no como en el pasado. Hace años éramos demasiado jóvenes, no sabíamos lo que significaba la vida ni los sacrificios que hay que hacer en ella, ahora es diferente. Ahora nada puede impedir que lo que antes no se pudo, se realice. Ahora es nuestro momento y no lo voy a dejar pasar.

Aunque... ¡Ya le vale al karma! Me ha jodido, pero bien. Aunque claro, la recompensa ha valido la pena.

Centro mi mirada en Asier, en mi vecino del pueblo, el niño con el jugaba de pequeña en las vacaciones, el jovencito que me robó mi primer beso, el chico por el que me pasé toda la juventud suspirando, y suspiro como una tonta.

—Veo que no has perdido la costumbre de suspirar por todo.

—No suspiro por todo, lo hago por ti.

Sonreímos como dos tontos y volvemos a besarnos. Ha pasado mucho tiempo, han cambiado muchas cosas, pero la vida nos ha dado una segunda oportunidad y no la voy a desperdiciar.



Amar a un ángel



Cada vez que entreabría los ojos, que gemía de dolor o necesitaba atenciones ahí estaba ella. Ahí estaba mi ángel de ojos azules y cabello como el oro. Solícita a cada necesidad mía, ansiosa por ayudarme y calmar ese desasosiego que invadía mi mente y mi alma, por mi incapacidad para valerme por mí mismo.

Hace semanas que la observo, al principio entre las brumas de la fiebre pensaba que era un ángel que Dios había enviado para cuidarme, ahora sé que es un ángel, si, pero un ángel terrenal: de carne y hueso como yo; con sentimientos y necesidades como todo el mundo.

Hoy, día en el que por fin me han permitido abandonar este mugriento hospital de campaña, día en el que mis hombres me esperan para volver al campo de batalla, necesito verla, hablar con ella, agradecerle lo que hizo por mí y mis soldados, los cuales no estarían vivos de no ser por la ardua labor que ella y sus compañeras han llevado a cabo en este pequeño, sucio y mal ventilado lugar.

Alzo la mirada de mis manos llenas de cicatrices ocasionadas por la guerra y la busco. Pierdo la cuenta de los camastros que hay esparcidos por este recinto, que algún día fue lugar de culto y hoy ni de un cura que oficie la misa dispone. La guerra hace curiosos amigos, inesperados aliados y aún más sorprendentes enemigos.

Suspiro al recordar cómo llegué aquí, como la traición de mi segundo al mando costó muchas vidas a mi batallón, por poco incluso la mía, y como llevo haciendo desde que recuperé la consciencia me reprendo por no haberlo visto venir, por no haber predicho una trampa como la que él nos tendió. Por no ver más allá de la camaradería y permitir que todo aquello sucediera. Perdido en mis recuerdos, todos llenos de dolor, sangre y muerte, me encuentra Henry, uno de los hombres que, tras la traición, acabó en uno de los múltiples camastros de esta desvencijada iglesia, herido gravemente, pero al igual que yo, en manos de un ángel.

—Señor. —Me giro para mirarlo, está firme, tal y como se espera de un soldado ante su superior, le hago un gesto para que se relaje y continúe hablando. —Ya está todo listo, en cuanto lo dispongáis regresamos al campo de batalla. Los hombres están deseando vengarse y esperan que vos deis la orden para poner rumbo a la guerra.

Asiento. Yo también ansío la venganza, pero hay algo que debo hacer antes. Sin mucha ceremonia despido a Henry y con la mirada perdida de nuevo en los camastros llenos de heridos, me encamino hacia la dueña de mis pensamientos y deseos más primitivos, hacia la mujer que me ha robado la cordura y no es conoedora de ese hecho.

Entre gemidos de dolor, palabras calmantes de las monjas, suspiros de resignación y lágrimas que confirman los peores destinos para estos hombres, emprendo su búsqueda.

La veo al fondo, donde hasta hace a penas unas horas se encontraba mi camastro, está ocupada

recogiendo los restos de mi presencia en este lugar y, como siempre, lo hace sin mediar palabra, sin protestar ni quejarse de su destino, con la cabeza gacha y esa maldita capucha ocultando su rostro.

Llevo muchos días en este lugar y nunca he escuchado su voz, nunca he visto más que unos mechones de su cabello escapar de la tela o sus ojos sombreados, siempre dedicada a cuidarnos y nada más...

Creo recordar la dulce melodía de su voz, pero está perdida en las brumas de la enfermedad, de la fiebre y sus delirios, por lo que no sé si es la suya o una alucinación. Me gusta pensar que en mis peores momentos, cuando mi vida corría peligro, ella me calmó con su voz, pero teniendo en cuenta que nunca ha pronunciado ni una palabra en mi presencia, no puedo asegurarlo, algo que me tortura y a lo que pienso poner solución en este mismo instante, así como a ver su rostro completo, porque ansío conocerla por completo.

—Buenas tardes.

Noto como da un respingo, aferra con fuerza entre sus manos las sábanas y lentamente se incorpora para mirarme. Parece cansada, los círculos oscuros que rodean sus ojos así lo indican, por lo que buscando su comodidad me apresuro a sacarle la carga, agarrando de sus tiernas manos las sábanas que hasta hace nada cubrían mi cuerpo. Al retirarme, mis dedos rozan su suave piel y me estremezco, tal es el poder que tiene sobre mí. La observo y sonrío, pues no soy el único víctima de unas reacciones que no puede controlar. Su blanca piel se ha erizado tras mi contacto.

—Maddie, me gustaría hablaros un momento. He de partir al campo de batalla, he de vengar la traición de la que fui víctima, pero no puedo irme sin hablar con vos y saber qué va a ser de nosotros. —Noto que se tensa y suspiro, con esta mujer nada es sencillo.

Espero a que diga algo, que alce el rostro y me mire, que retire la capucha que la cubre, una reacción, no sé qué espero, pero por supuesto no es lo que recibo como respuesta. No se mueve, no dice nada, no me mira y, si me descuido, ni respira. Decidido a poner remedio a la distancia que impone entre ambos y saltándome todas las normas del decoro, me acerco más a ella, entre ambos a penas pasa el aire, su amplia falda roza mis botas y su pecho está a escasos centímetros del mío. Su olor me golpea y con ganas de más, de algo prohibido busco su mano con la mía, busco su contacto, el que tanto bien me hizo en estas semanas de sufrimiento.

Aprieto mis dedos alrededor de los suyos y echo una mirada a lo que nos rodea, lo último que deseo es comprometerla, pero no me está dando más opciones. Al confirmar que nadie nos mira agarro su mentón de forma delicada pero firme con la mano que tengo libre, lo que me permite sentir como se tensa; le alzo el rostro y obligo a sus ojos a cruzarse con los míos. Me agacho ligeramente, para poder susurrar en su oído lo que más ansío decirle, lo que necesito que ella sepa y espero de nuevo una reacción.

—Sois mi salvación, mi salvadora, y yo ya no sé cómo vivir sin vos, es más, no deseo hacerlo. Vuestra presencia me calma, vuestros cuidados me devolvieron la vida y no puedo estar más agradecido, pero lo que yo ansío de vos, mi ángel, nada tiene que ver con vuestra labor. —Se estremece y yo sonrío, puede que mi aliento en su oreja sea el culpable de dicha reacción, pero en mi interior algo me grita que es por mis palabras. —No puedo, ni quiero, vivir sin vos, por ello, mi querida Maddie, espero que me correspondáis, que concedáis en ser parte de mi vida cuando la guerra termine, que me concedáis el honor...

Su mano se alza insolente y cubre mis labios, silenciando así mi declaración y cortando la proposición que estaba a punto de hacerle. Me aparto ligeramente y al descubrir el rubor de sus mejillas sonrío. No es inmune a mí, al menos no tanto como desea hacer ver.

—¿Qué sucede Maddie? —Ella vuelve a apartar la vista y siento que algo en mí se revela ante tanta sumisión.

Durante mi convalecencia, a pesar de no hablar, su determinación fue clave. Si yo no deseaba comer, ella me obligaba a ingerir alimento. Si yo no deseaba moverme, ella forzaba a mi cuerpo a hacerlo, llegando, en algunos momentos, a hacer que gritara de dolor. Si yo me dejaba vencer por la adversidad, ella me agarraba la mano y con un firme apretón me daba a entender que no estaba solo y no debía decaer. Hoy estoy donde estoy por ella, soy yo de nuevo por ella, y si he de ser más claro lo seré, si he de hacer una locura la haré, pero como que me llamo Jason Novak que esta mujer, por más cabezota y silenciosa que sea, me dará una respuesta.

—Habladme Maddie o haré una locura, es vuestra decisión.

Su mirada conecta con la mía y veo el miedo en ella, está aterrada y eso me hace entender que ella oculta muchas cosas y que yo, antes de volver a la guerra de mi país tengo otra que librar, la batalla por su corazón, la pelea definitiva, la lucha por el amor de mi ángel.

Agarro su mano con firmeza y la arrastro hacia la salida, algunos nos miran curiosos y otros fingen que no ven nada. La guío con decisión al exterior del decrepito edificio, al lugar donde mis hombres esperan, y estos al verme con ella rugen, silban y aplauden felices por mí. Mal saben ellos que nada está saliendo como yo predije. Los miro furibundo y al momento se hace el silencio. De pronto todos parecen muy ocupados y abandonan el lugar, dejándome a solas con la dueña de mi corazón y mis desvelos.

—¡Hablad!

Ella mira alrededor, a cada minuto que pasa parece más asustada y no sé qué hacer para evitarlo, para calmarla. Al comprobar que estamos solos se acerca a mí y carraspea, tras eso, la voz más dulce y sensual, la misma de mis recuerdos, inunda mis oídos y me lleva al cielo.

—No deben veros conmigo mi señor. No soy quién creéis y mi presencia en este lugar es un castigo por mi insolencia, vos no tenéis que pagar mis culpas. Por ello, lo mejor es que olvidéis lo que sentís por mí y volváis a esa ridícula guerra.

—¿Ridícula? —¿Qué dice esta insensata? Puede que su voz me obnuble los sentidos, que sus labios al moverse me trasladen a prohibidos deseos, pero decir que la guerra es una ridiculez, eso sí que no se lo permito. —¿De qué habláis mujer?

—No tenéis ni idea de por qué o por quién se ha iniciado esta guerra ¿verdad? —Orgullosa alza el mentón y por un momento creo ver a una reina, su porte y su cadenciosa voz me arrastran al pasado, a mis días en la corte, a las múltiples candidatas que el rey ponía ante mí para que me desposara y así lograra una alianza que lo favoreciera a él en el proceso.

—¿Quién sois?

Me mira y niega, parece dolida y yo no sé qué decir o pensar. ¿Debería reconocerla? Cierto es que hay algo en sus ojos que me recuerda a alguien, que me hace pensar en imposibles, pero no logro... Niego y ella parece más dolida a cada minuto que yo permanezco en silencio.

—Mi nombre es Margaret Gordon, soy la hija de vuestro mayor enemigo, ese contra el que batalláis y al que deseáis vencer en esta estúpida guerra.

—No... —Retrocedo sin ser consciente de ello y la miro de arriba a abajo. —No puede ser, ella era arrogante, impertinente, siempre nos miraba a todos como si no valiésemos nada. —Niego y ella asiente a la vez que aparta la mirada. —¿Sois vos? —Vuelve a asentir y me tambaleo, todo mi mundo lo hace. —Recuerdo que vuestro padre quiso que el rey organizara un matrimonio de conveniencia, que yo... que nosotros... —Gruño y me paso las manos por el pelo en un acto desesperado por entender qué sucede.

—Mi padre deseaba el trono, sois uno de los caballeros más fuertes y leales a la corona. Por eso intentó conseguir vuestro favor, Sin vuestro apoyo, el rey no podría hacerle frente. —Su tono de voz es bajo y cargado de dolor, lo que me hace volver a mirarla.

—No entiendo qué hacéis aquí. —Vuelvo a acercarme a ella, a pesar del pasado, continúa siendo mi salvadora. —¿Por qué no estáis con vuestro padre?

—Él quería muerte y destrucción, yo no.

—Eso no responde a mi pregunta, lady Margaret.

—No volváis a llamarme así. —Nerviosa mira alrededor y en el acto me arrepiento de mis palabras y mi tono destinado a herirla.

—¿De qué huís? ¿Qué os impide volver a la comodidad de vuestro castillo, al lado de vuestro padre? —Según voy hablando la ira se va impregnando en mis palabras. —¿Por qué estáis en el lado del enemigo, cuidando de los soldados que van a masacrar al ejercito de vuestro padre?

—Vos no lo entendéis... Jamás lo haríais.

—Explicádmelo, decidme por qué, ¿qué lleva a la hija del mayor enemigo del reino a cuidar de los heridos de guerra? ¿Por qué me salvasteis la vida? No logro entenderlo. Voy a matar a vuestro padre y al traidor de vuestro hermano, él decía ser mi amigo, estaba bajo mi mando y me traicionó, nos metió de lleno en una emboscada y por su culpa muchos de mis hombres están muertos. —La rabia me invade y aprieto los puños con fuerza. —Hablad, porque si no lo hacéis os llevaré ante el rey, si no respondéis ante mí, lo haréis ante él.

La piel de mi salvadora se torna más pálida y veo una lágrima rodar por su mejilla. Siento la tentación de limpiársela y me reprendo. No puedo ser débil, no con ella.

—Mi padre deseaba que nos desposáramos para traicionarnos, yo no... No podía hacerlo. No podría traicionar a mi corazón y vos sois mi corazón desde la primera vez que os vi. —Sus ojos vuelven a anegarse y, por primera vez desde que sé quien es, me hace dudar. —Yo os amo, siempre lo hice, no podía hablaros ni mostrarme o me descubriríais. No tardaríais en reconocerme y era más importante salvar vuestra vida que mis sentimientos.

Se aleja unos pasos de mí y la sigo, no deseo perderla de vista y ya no sé si es por miedo a lo que pueda hacer o a lo que va a decir.

—Me enamoré de vos nada más veros, la orden de mi padre de desposarnos me hizo feliz, al menos al principio. —Traga saliva audiblemente. —Un día los escuché hablar. Mi padre le decía a mi hermano que yo sería el caballo de Troya, que vuestra lealtad se vería comprometida y que yo sería la culpable de la caída del gran Jason Novak, el comandante de las tropas del rey. No... —Solloza y me siento tentado de abrazarla, algo me detiene y ella continúa hablando. —No podía hacerlo, por eso os traté tan mal. Cada vez que os decía algo malo, os humillaba o insultaba, un trozo de mi corazón se rompía. Yo... No podía dejar que os hiciesen daño, no podía ser la culpable. No podía...

Me mira con la cara bañada en lágrimas y sin dudarlo la tomo entre mis brazos. La abrazo con fuerza y en mi cabeza se van ordenando las dudas, los miedos y las situaciones vividas, así como las que están por venir.

—¿De verdad me amáis? —No la suelto, solo deseo que me lo confirme.

—Más que a mi vida.

—¿Estaríais dispuesta a contar esto que me habéis dicho a mí, ante el rey?

—Yo... —Titubea y me tenso. —Sí, lo haré.

—Bien... ¿Aún deseáis ser mi esposa? Aunque eso signifique traicionar a vuestro padre, vuestro hermano y toda vuestra familia?

—Si. —La acerco más a mí y beso su cabello rubio que tantas veces he soñado con tocar.

—Necesito saber que hacéis aquí, no logro entenderlo...

—Yo... —Carraspea y apoya la frente en mi pecho. —Los escuché planearlo, sabía dónde ocurriría y traté de llegar para advertiros, pero no logre hacerlo a tiempo. Cuando divisé el campamento ya habíais partido y todo sucedió ante mis ojos. Lloré al pensar que habíais muerto, mi corazón dejó de latir al ver a mi hermano clavar su espada en vuestra espalda...

—Maldito traidor... —Vuelvo a besar su cabello y continúa hablando.

—Las cosas sucedieron muy rápido después de eso, se fueron y os dieron por muertos a todos. Poco después algunos empezaron a incorporarse y, como pude, acudí a vuestro lado. Al sentir vuestra respiración mi alma volvió a tomar posesión de mi cuerpo y no he vuelto a separarme de vuestro lado. No he sido capaz.

—Maddie...

Alza la mirada y sonrío al ver mi cara de felicidad, a pesar de la traición de su familia, he encontrado la felicidad. Porque nadie me puede negar que ella será felicidad para mí, que será mi vida. Solo un ángel es capaz de sacar a un soldado de las garras de la muerte.

—Os diré que vamos a hacer ahora. —La miro a los ojos, esos preciosos ojos azules que tanto consuelo me han dado en mi convalecencia. —Vamos a ir a ver al rey, le contaremos todo esto, acabaremos esta dichosa guerra y nos casaremos. ¿Os parece bien?

—Perfecto.

Sin poder contenerme más, rodeo su lloroso rostro con mis grandes y callosas manos, acerco mi nariz a la suya, la rozo con delicadeza, me inclino y dejo que mi aliento caliente sus labios. Sus ojos se cierran, los míos también, suspira y yo me acerco más, rozo sus tentadores labios con los míos y con este beso sello la promesa de amor más inesperada y deseada de mi vida.

—Os amo, lady Margaret, futura señora de Novak.

—Y yo a vos mi señor, más que a mi vida.

De nuevo uno nuestras bocas y me dejo arrastrar por la dulce tentación que supone mi ángel, mi salvadora y futura esposa. ¿Quién me iba a decir a mí que encontraría el amor en un hospital de campaña? ¿Quién podría imaginar que el pasado volvería a mí para alterar mi presente y encaminarme hacia un futuro más que prometedor?

Nadie.

Nadie puede decir dónde aparecerá el amor, solo se puede estar preparado para aferrarse a él y no dejarlo ir.



Un milagro para Navidad



Camino sin muchas ganas por las calles de mi ciudad. Las luces navideñas están listas para ser encendidas, como cada año, en el gran día. Desde siempre, me ha encantado acudir al encendido del alumbrado de Navidad, cuando era niña lo hacía con mis padres y mis amigos, a quien también acompañaban sus padres. Según fuimos creciendo, seguimos yendo los amigos, pero sin padres, que nos hacíamos mayores y ya no necesitábamos escoltas. La madurez mal entendida, que poca importancia tienen estas cosas ahora.

Doy otro paso, rumbo al epicentro de la alegría, la emoción y el ruido; hacia el lugar donde siempre nos reuníamos. Tengo diecisiete años y este es el primero que hago el camino sola. Cuando somos niños queremos a nuestros padres a nuestro lado para todo, con el tiempo nos despegamos y depositamos nuestra confianza, fe y esperanza en los amigos y los novios... Grave error. Los únicos que siempre están a nuestro lado, los únicos que no dejan de ser parte importante de nuestra vida, son la familia.

Un pie delante del otro, un paso más y un minuto menos. Me siento dividida. Siempre marco en el calendario el día del encendido de las luces. Es una fecha que siempre se convierte en la mejor del año. Todo lo que hay alrededor es felicidad, los niños corren saltan y ríen. Los padres los miran sonrientes. Los mayores esperan ilusionados una Navidad más, unas fiestas en las que reunir a toda la familia, un día para recordar. Por eso, hoy, siento que no debería estar aquí.

Hoy, no estoy disfrutando de los árboles adornados que hay en las entradas de las tiendas, ni sonriendo cada vez que me cruzo con un Papá Noel de mentira. No estoy charlando desenfrenada con mis amigos sobre cuál será la sorpresa que el alcalde nos tendrá preparada, ni especulando de qué color será la estrella del gran árbol. No, hoy no estoy, para nada, con el ánimo acorde a la situación.

Cada año, investigábamos con qué coincidía la fecha elegida para el encendido. Siempre lo hacíamos en grupo, pero esta vez me ha tocado hacerlo sola. He tenido una relación desastrosa con un chico, ha durado poco, pero ha afectado a mi forma de ser, de actuar y de relacionarme con el resto del mundo. Gracias a Dios, he abierto los ojos, aunque quizá sea demasiado tarde...

Dejar atrás el amor, o más bien lo que yo creía que lo era y resultó solo un sucedáneo, ha sido complicado. El instituto, que antes era diversión y estudios, se fue convirtiendo en una especie de tortura extraña a la que no me quiero acostumbrar. Mi antigua pandilla casi no me mira, ellos insistieron en que él no era bueno para mí y yo, estúpida sin remedio, no les hice caso. Culpé a mis mejores amigas de envidiosas y acaparadoras, cuando lo que ellas realmente querían era evitarme sufrimientos. ¿Cómo pude estar tan ciega?

Sigo caminando desanimada y lentamente. No sé por qué estoy aquí. Debería irme a casa, meterme en la cama y dejarme llevar por la rabia y el dolor que me arrasan. Debería apartarme de

todos y de todo, pues a fin de cuentas ya casi lo hice por él, un poco más no se va a notar... Si, sin duda, debería irme a mi casa y dejar de conservar esperanzas. No hay razón para pensar que las cosas van a cambiar, que de un momento para otro, todo se va a aclarar. Que por obra y gracia del Espíritu Santo, mis problemas se van a solucionar y que todo lo que creía perdido va a regresar. No, no hay esperanza que conservar.

Me limpio una lágrima traidora que corre por mi mejilla y respiro con fuerza. Me paro en un semáforo para cruzar la calle y alzo la mirada. En la otra acera hay un grupo de chicos de mi edad. Están todos felices, bromeando y hablando sin parar. Verlos, hace que algo en mi interior se rompa ¿Cómo pude permitir a un desconocido que me alejase de las personas más importantes en mi vida? Él no era nadie, no pintaba nada en mi vida, no conocía a mis allegados y no tenía derecho a decirme qué podía hacer ni con quién. Pero yo se lo di. Yo le di el derecho de decidir por mí. Yo le otorgué el poder de alejarme de la gente, de apartar a los que me quería y dejarme sola, aislada e indefensa. Yo, y solo yo, tengo la culpa de todo lo que él hizo. Yo, porque se lo permití y no debí haberlo hecho.

Miles de veces he escuchado hablar del maltrato en la televisión, miles de veces lo he ignorado, pensando que a mí no me iba a ocurrir. Siempre me dije que yo era una chica fuerte, que mi forma de ser no permitiría que nadie anulase mi poder de decisión, ni alteraría mi carácter. Pues bien, me engañé. Él supo hacerlo, supo minar mi autoestima, convertirme en una frágil flor a la que un poco de viento podía arrancar sus pétalos. Supo sembrar la discordia con la gente que me aconsejaba que me alejase de él, para así evitar que los escuchara. Supo camelarme y mal aconsejarme que ropa poner, como hablar y con quien relacionarme. Sin duda, fue un encantador de serpientes y yo la cegata a la que encandiló.

El pitido del semáforo al cambiar de color y permitir el paso me hace reaccionar. Como una autómatas reanudo mi camino. Un paso tras otro me acerco al lugar en el que siempre nos reuníamos, mi mente no deja de gritar que dé la vuelta, que es inútil estar aquí, que ellos no van a estar, pero en el fondo de mi corazón conservo la esperanza de que sí. Quiero creer que no me han dado por perdida, quiero pensar que aún creen en mí, que saben lo importante que es este día y lo que significa para mí vivirlo a su lado, espero que lo sepan y que estén...

Y pensar que todo se rompió cuando, hace unos días, estaba con él en mi cuarto, y quise investigar el día de hoy. Sabía que no podría hacerlo con ellos, pero me apetecía recordar qué se sentía al emocionarse con algo tan efímero como lo que ocurrió el día del encendido del alumbrado de Navidad en el pasado.

Este año, 2019, el encendido es el veinticuatro de noviembre. Al meter la fecha en el buscador, aparecieron resultados increíbles. Eché en falta a mi amiga cerebrita para poder debatir con ella que en 1859, tal día como hoy, Charles Darwin publicó su obra maestra, El origen de las especies. Estoy segura que más de uno se habría reído de la retahíla de datos que aportaría, en el pasado yo también lo habría hecho, pero esta vez solo pude extrañar sus desvaríos. Ella siempre añadía mucha información innecesaria a las conversaciones, pero hacía que todo tuviese otro color, que las cosas se vieran de otra forma.

Es cierto eso de que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Doy fe de ello. Por eso, al seguir mirando y ver que también es el aniversario de la muerte de Freddy Mercury, supe que mi amiga la hipster, amante del rock y apasionada de Queen, estaría al borde de las lágrimas. ¿Quién iba a decir que una simple investigación, que una inocente búsqueda en Google, se convertiría en el debate de mi relación?

Estaba yo sumergida en la red, cuando él arrancó el portátil de mis manos y se puso a

curiosear. Intenté explicarle qué ocurría, pero no sirvió para mucho. Se enfadó y empezó a gritar. No sé bien en qué momento le permití tratarme así, ni porque me parecía normal, no lo es. Nadie tiene derecho a gritar, humillar o insultar a otro. Nadie. El caso es que, cuando él alzó su mano, con intención de golpearme, algo en mí dijo no. Esto sí que no. Por ahí sí que no paso. Ese gesto lo cambió todo. Un solo movimiento cambió mi vida y no me arrepiento.

En el momento que empecé a gritar, a patalear, golpear su pecho y apartarlo de mí, sentí que eso era lo correcto, por eso, cuando mi madre acudió a mi cuarto, asustada por el ruido, lo único que pude decir fue:

—Él se marcha, para siempre.

Ella, que era testigo silenciosa de mi cambio, estuvo ágil al escucharme. A empujones lo sacó de casa y en pocos minutos acudió a consolarme. Fue la que me hizo despertar del todo. Fueron mis padres quienes lucharon para que yo esté aquí. Fueron mis hermanos quienes insistieron en que debía salir de casa. Bueno, para ser sinceros, ellos querían ir a dar una paliza a mi ex, pero yo les convencí de lo contrario. La violencia no se puede combatir con más violencia. Además, si ellos lo hicieran, él se sentiría muy importante y para mí no lo es. Ya no.

Continúo mi camino, algo más animada, pues la esperanza afloró en mí cuando todo esto sucedió y no quiero que desaparezca. Soy consciente de mis continuos cambios de humor, de la depresión que me ronda y de lo complicado que va a ser salir de este agujero, pero necesito ver que al final del túnel hay un poco de luz. Necesito buscar un faro en la oscuridad que me rodea, o acabaré por volverme loca.

Doy el último paso y entro en la plaza abarrotada. Sin dudar me dirijo a la esquina donde siempre nos reuníamos. Espero con todo mi corazón que estén ahí. Deseo que no hayan cambiado sus hábitos, ni alterado las costumbres de tantos años.

Llego al lugar y me detengo. Miro alrededor y siento como mi mundo de fantasía se va evaporando, quedando solo la oscuridad a mi alrededor.

No hay nadie.

No están. Aunque claro, ¿por qué iban a estar? Yo los alejé de mí.

Yo, y solo yo, los aparté de la peor manera. Yo, guiada por un placebo de amor, no supe ver que perdía más de lo que ganaba. Si eso no es estar ciega, ¿qué lo es?

Me apoyo en la pared, ante mí hay miles de personas pero yo no veo a nadie. No escucho sus gritos ni distingo sus rostros llenos de felicidad. Las piernas no me sostienen y poco a poco voy arrastrando la espalda por la pared hasta tocar con el trasero en el suelo. Está húmedo, parece que ha llovido, ¿a quién le importa? Yo ni siquiera lo noto. La oscuridad regresa con fuerza, los insultos, las vejaciones, su dominante forma de ser y mi estúpida sumisión. Todo regresa y yo solo quiero llorar.

¿Cómo pude pensar que, a los que yo creía mis amigos, iban a estar aquí? ¿Por qué razón iban ellos a seguir a mi lado? Yo no supe estar al suyo. Están en su derecho de pasar de mí, si ni siquiera sabían que yo iba a venir...

Pasan los segundos, los minutos, no sé bien. Sigo tirada en el suelo ajena a lo que la gente dice o hace, todo me da igual. Yo solo quería recuperar lo más bonito de mi vida, pero nada que merezca la pena podía ser tan fácil. Me cubro la cara con las manos y rompo a llorar. No hay nada que hacer, son las consecuencias de mis actos y he de pagar por ellos.

Siento que alguien toca mi hombro y me sobresalto. Alzo la mirada, inundada de lágrimas, y la cruzo con la de mi hipster favorita. Se ha acuclillado a mi lado y me mira con ternura. No parece enfadada, aunque le sobran motivos para estarlo. Él decía que ella era mala influencia, que sus

pintas hacían que la gente me mirase mal... ¿Qué demonios pasaba por mi cabeza? Ella me abraza y los demonios se alejan. Mi otro hombro siente el peso de otra mano y, sin soltarme de su abrazo, alzo la mirada.

Ahí están, todos y cada uno de ellos, como si no hubiese pasado el tiempo.

Algo en mi interior se quiebra y lloro con más ganas.

La cerebrita se agacha y se une al abrazo, haciendo que casi no pueda respirar, pero no me quejo. La he echado tanto de menos que no voy a quejarme por un poco de incomodidad.

Poco a poco los demás chicos se unen al abrazo y lo convierten en una gran bola humana de sentimientos encontrados y lágrimas. Sé que esto no es suficiente, sé que tendré que pedir muchas disculpas y dar muchas explicaciones, pero también sé que por algo se empieza y este, sin lugar a dudas, es un gran comienzo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, respaldada por mis mejores amigas y con todo el grupo cerca, vemos el encendido de las luces de Navidad. Este año es muy especial, ¿cómo no va a serlo? He tenido mi milagro navideño antes de las fiestas. He recuperado a la gente que más quiero, he salido de la oscuridad de un tirón y regresado a la luz, y nunca mejor dicho pues a mi alrededor todo brilla, gracias a mis amigos y a las luces de Navidad.

Voy a darte un consejo, puedes tomarlo o no, pero igualmente te lo voy a dar. No permitas que nadie te diga como debes ser o actuar. La gente que te quiere debe hacerlo por como tú eres, no por lo que quieren que seas. Recuerda que si le gustabas antes, es porque le gustaba como eras. No cambies por nadie, si vas a hacerlo, hazlo solo por ti.

Yo me dejé llevar por algo que no era amor y perdí mucho en el camino, no dejes que a ti también te ocurra. Lucha por ti, por tus ideas y tus amigos, pero sobre todo, hazlo por tu familia, por la de sangre y la que no lo es. Pues una te viene dada, la otra, la eliges tú.



San Valentín



Desde mi balcón observo a la humanidad ir y venir ajena a todo cuanto la rodea, viviendo su efímera vida como mejor les parece. Los veo corriendo de aquí para allá, sin ser conscientes de que, un suspiro mío, tiene más repercusión en el universo que todos sus valerosos actos. Así de injusta es la realidad.

Sentado en la barandilla del balcón, con una pierna colgando hacia el abismo y la otra flexionada contra mi pecho y la mirada perdida en las nubes blancas y esponjosas que ocultan el azul del cielo, me repito la misma pregunta de siempre. Esa que mil veces me he hecho y que, a día de hoy, continúa sin respuesta: ¿Qué es el amor?

Yo soy el encargado de disparar las flechas que tan felices hacen a los humanos, esas que hacen que sus ojos brillen, sus corazones se aceleren, se le ruboricen las mejillas y la pasión se desate entre dos seres. Yo soy quien apunta con mi arco y hace blanco en sus débiles corazones por mera obligación. No es buscando su felicidad que los emparejo, nada más lejos de la realidad, pues tampoco es por la mía.

Hace ya tiempo que en mí no hay espacio para el altruismo, demasiadas décadas de existencia y demasiados siglos de perpetua observación, han hecho de mí un ser irascible e intransigente, un antisocial al que la felicidad le es esquiva. Ya ni la compañía de mis congéneres me satisface, ellos acostumbran a actuar de forma aún más cruel que yo, cosa hartamente complicada pero real, y lo último que necesito es más nefastos consejos y ejemplos, con mi retorcida mente tengo más que suficiente.

Desplazo la mirada hacia la Tierra y resoplo al ver a una pareja abrazarse y besarse con pasión. ¿Por qué hacen eso? ¿No son conscientes de la cantidad de bacterias que intercambian en sus salivas? Es un gesto poco recomendable eso de entrelazar lenguas como si fuesen regalices viscosos. Reprimo el escalofrío que la imagen de mi lengua rodando con la de otro ser me produce y vuelvo a mirar a los enamorados. ¿Sabrán que su relación está abocada al fracaso? ¿Serán conscientes de que, por más que la lujuria los una, no va a durar? Me encojo de hombros y busco otra pareja, detengo mi mirada en una que discute acaloradamente. Sonríe al verlos. Eso sí que me es conocido. El odio y la ira son sentimientos que si reconozco, sensaciones que viven arraigadas en mi pecho desde hace eones, son lo que mi adorada madre, quien se supone debería haberme enseñado lo que es el amor y no supo cómo, me ha demostrado desde la cuna.

Me incorporo al ver que la mujer abofetea al hombre y se aleja, indignada y muy orgullosa. Quizá, si él fuese conocedor de la infidelidad previa por parte de ella, la charla habría ido de otra forma. ¿Quién puede saberlo? Los humanos son mentirosos, traidores e infieles por naturaleza, aunque en este caso, él no lo es... No siempre los que se llevan las culpas son quienes las tienen, pero... ¿A quién le importa? Con ellas se quedan de todas formas y poco pueden hacer para

cambiarlo.

Vuelvo a elevar la mirada a las nubes y suspiro desganado. Hoy es el fatídico día, ese día en el que todos esperan el gran milagro. El día del amor, lo llaman unos, otros San Valentín, para mí no es más que una tortura, pues tanto amor flotando en el aire, acaba por darme arcadas. Se supone que yo debo provocar esa sensación de felicidad, pero el 14 de Febrero la humanidad no necesita mis flechas, y mi brillante puntería, para buscar a alguien que le sonría, le regale bombones o flores, le invite a cenar o incluso que quiera retozar entre las sábanas de un hotelucho. Lo único que la gente busca en este día es sentirse menos solos. Mal saben ellos que, la soledad, es el mejor estado. Si nadie se acerca, nadie puede herirte, por ende, vives tu vida como prefieres, sin rendir cuentas ni sufrimientos innecesarios.

Resignado a cumplir con mi deber, reviso que mi arco y sus flechas estén en su sitio y, de un salto, abandono el balcón con una sonrisa malévola, rumbo a la tierra ¿Quieren a Cupido? Pues a Cupido tendrán... Aunque una cosa dejo clara, no me responsabilizo de mi puntería al disparar las flechas.



¿Qué hago yo aquí?



Acabo de abrir los ojos y comprobar que estoy en el hospital. A mi lado hay una enfermera sonriente, que parece comprobar mis constantes vitales. ¿Qué hago yo aquí? Intento hablar, pero no lo consigo. Noto la boca pastosa y los labios pegados. Típica reacción a la medicación fuerte, que no soy consciente de haber tomado. La chica se va, dejándome solo y sin respuestas. Intento levantarme, pero estoy amarrado a la camilla... ¿Por qué estoy atado?

Forcejeo durante lo que parecen horas y no logro liberarme. Eso me pone de mal humor, pero no tengo a quién reclamar. A nadie parece importarle mi falta de comodidad e información. ¿Por qué querría un paciente saber qué hace en el hospital? ¡Menuda estupidez! Si, estoy siendo sarcástico, pero es que me pone de mal humor no saber que hago aquí ni cómo he llegado a esta situación.

Tras una eternidad mirando el maldito techo, entra un tipo con bata blanca. ¡Por fin, un médico! Intento hablar y me sale un sonido de lo más extraño. La enfermera que lo acompaña, y no había visto, se acerca a mí, en la mano tiene un vaso con agua y me permite beber un sorbo, lo que aligera la sensación pegajosa de mi boca. De nuevo trato de hablar y esta vez lo consigo.

—¿Qué hago aquí?

—¿No recuerda nada? —Niego, pues mis energías son limitadas, siento mi cuerpo pesado. — Lo trajeron en una ambulancia. Sufría algún tipo de alucinación: taquicardias, sudores fríos y algún que otro síntoma por confirmar.

Frunzo el ceño al escuchar lo de: por confirmar. ¿Me han tratado como a un loco y ni siquiera saben qué me ocurre?

—Una compañera del trabajo llamó a emergencias, los ATS lo trajeron aquí, tras sedarlo y atarlo. Usted intentó atacarlos y...

—¡Yo nunca haría algo así! —Paladeo y trato de tragar, la enfermera se da cuenta y me da otro sorbo de agua.

—Sí, lo ha hecho. —El médico revisa unos papeles y asiente. —¿Ha ingerido drogas o alcohol en las últimas veinticuatro horas?

—Esto... sí, he bebido un poco de vino en la cena, pero no demasiado, no soy un borracho si es lo que está insinuando.

—Yo decido lo que es demasiado. ¿Cuánto bebió?

—Un par de copas.

—Aja. —Anota algo y continúa leyendo. —¿Ha vivido alguna situación de estrés?

—No, todo ha sido normal, creo... —De nuevo toma notas y mi mente parece que empieza a aclararse. Flashes de algo que no logro entender me sumen en un sopor extraño, pero su voz me

hace volver a la realidad.

—Vamos a hacer algo para tratar de entender qué sucede, usted confíe en mí. —Asiento — Cierre los ojos, relájese, pero no se duerma, respire con calma y déjese llevar por el sonido de mi voz.

Hago lo que me indica, un poco reticentemente, he de añadir, pero lo hago. Me relajo y respiro con calma, esperando escuchar su voz.

—Piense en anoche, en la cena, en la copa de vino... Usted acabo de cenar y... —Visualizo la escena y enseguida respondo.

—Me fui a dormir, estaba cansado...

—Bien... Tras irse a la cama, se durmió, piense... —escucho un tintineo y de nuevo su voz. —¿Se despertó de noche o durmió de un tirón?

—No, dormí hasta que sonó el despertador... Si, lo recuerdo... —Las imágenes llegan ahora más nítidas y sigo sin comprender qué sucedió.

—Muy bien. ¿Qué más recuerda? —Se aclara la garganta. —A poder ser, empiece cuando suena el despertador.

—Claro... Esta mañana me desperté con una extraña sensación. Todo lo que me rodeaba estaba cambiado, distinto, raro. Sí, raro es la palabra que mejor lo define.

—Me levanté de la cama con un ligero mareo, por lo que, como pude, me dirigí al servicio a lavarme la cara y tratar de sacar las legañas que nublaban mi visión. Para mi sorpresa, esto nada solucionó y todo a mi alrededor seguía estando... diferente. Pensé que quizá se me había subido un poco el vino de la cena y que mis seis horas de sueño no había bastado para filtrar el alcohol, por lo que decidí darme una ducha fría. Lo único que conseguí fue congelarme, porque lo atípico continuaba ahí. Si doctor, ya lo sé, ¿a quién se le ocurre darse una ducha fría estando a ocho grados? Pues a mí.

—Cansado de tanta estupidez, decidí hacer caso omiso a mi pintoresca visión y continuar con mi vida. Me vestí, con una ropa un poco descolorida, al menos aparentemente, y con unos dibujos extraños. Teniendo en cuenta que en mi armario no dispongo de tales andrajos, he ignorado mi percepción de la realidad y me he dirigido a la calle.

—El camino hacia la parada del autobús, fue como vivir en una realidad paralela. La gente con la que me cruzaba tenía rostros alargados en exceso, cuerpos pequeños y redondeados e, incluso, algún que otro agujero totalmente fuera de lugar. Intenté por todos los medios fingir que no me alteraba lo que veía, pero en ocasiones era tan aberrante que no podía evitar dar un respingo. Doy por hecho que a la gente no le gustaba, pues los murmullos de desagrado a mi paso se incrementaban según me aproximaba a la anhelada parada del bus.

—Cuando, tras unos pocos minutos sentado y con los ojos cerrados para evitar malos entendidos, escuché el motor de la mole de hierro que me llevaría al trabajo y abrí los ojos. Casi me da un infarto. Lo que vi... ¡Por Dios, lo que vi! Hacia mí venía un ser deforme, con una cara horrible, un par de ojos amarillos muy brillantes y una sonrisa plagada de dientes afilados, que profería un estruendo aterrador. Pude ver a un montón de gente correr, pero a mí no me dio tiempo. En ese momento el ente se detuvo en la parada y las monstruosas mandíbulas se abrieron, como si deseara devorarme. Dada mi poco usual mañana, decidí ignorar esta locura y caminar hacia lo que, supuse, era el autobús. No me confundí, pero empecé a preocuparme, esto era de todo menos normal.

—El camino que hago cada día, de no más de cinco minutos, se me hizo eterno. Los árboles que se desdibujaban en mi ventana parecían tener vida propia, los coches, motos y camiones se

confundían en mi mente con seres de otro mundo. Engendros hambrientos y malhumorados cuyo único propósito es devorarme o asesinarme, aún no lo tengo claro. Quizá ambas cosas.

—Llegar al trabajo nunca supuso tanta alegría para mí como hoy. Salí corriendo del autobús y dejé atrás mis demonios. Fijé la mirada en el edificio, cuyas ventanas parecían derretirse mientras me acercaba y caminé lo más deprisa que pude, para poder, al fin, abandonar la maldita selva de asfalto, que se había convertido en una pesadilla para mí.

—Debido a la cantidad de tiempo que hace que trabajo aquí, sé cómo llegar a mi oficina con los ojos cerrados. Sin detenerme ni a saludar, enfilé mis pasos hacia el despacho y allí me encerré. No consideraba que nada en su interior pudiese provocar una paranoia aterradora como las vividas hasta el momento, pero por si no fuese cierto, evité alzar la mirada de la mesa. Los nervios y el miedo, habían provocado una reacción en mí: toda mi piel estaba cubierta de sudor, mi corazón iba a mil por hora y no parecía que fuese a mejorar. Un ligero mareo hizo que mi estómago diese un vuelvo, pero estoy seguro que fue por la falta de alimento. ¿Quién puede aguantar tanto ajeteo sin desayunar?

—No dejaba de pensar en la distopía en la que se había convertido mi vida. No podía parar de dar vueltas a lo irracional que resultaba todo, pero no lograba entender qué sucedía. Mi ayudante entró en la oficina y, como cada día, dejó una taza de café ante mí. No la miré, no le hablé, no me moví siquiera. Eso pareció sorprenderla, pues no dejaba de hablarme, de preguntarme cosas. Ante mi falta de reacción abandonó la habitación y con ella se fue el miedo a una nueva realidad paralela. Esta vez, al menos, parecía que yo había ganado.

—No sé el tiempo que estuve así, con los ojos cerrados, dejando los minutos pasar. De pronto, la puerta se abrió y un barullo desproporcionado se armó en el interior de mi despacho. Unos seres deformes con vestimentas llamativas se me acercaron, trataron de acostarme y me resistí. Los muy cobardes se enfrentaron a mí y vencieron por ser mayoría. Me ataron a lo que parecía una camilla y me sacaron del edificio.

—De nuevo estaba en el otro plano, sufriendo que esos monstruos me acechen, me miren babeantes o susurren a mi paso. Sentí que mis latidos se disparaban y como los seres llamativos de antes clavaban algo en mi brazo. Después todo fue silencio y oscuridad. La relajación dio paso al sueño y...

—Y aquí estamos. —La voz del doctor interrumpe mi narración y parece complacido. —¿Qué cenó anoche?

—¿Ayer? Ah, unas setas sabrosas que yo mismo fui a coger al bosque.

—¿Usted las conoce? ¿Podría decirme qué variedad era?

—Sí, las conozco, pero no sé sus nombres. Estuve cogiendo unas naranjas, esas saben a gloria. Ví de las rojas, sé que esas no se deben ni tocar y no lo hice. También había unas moradas, esas son más malas de encontrar, pero están tan ricas... Estuve buscándolas toda la tarde, me relaja ir a pasear por el monte, cortarlas y llevarlas a casa. Cocinarlas ya no tanto, pero compensa por lo ricas que están.

—Cuando llego, presentaba signos de intoxicación, le hemos hecho un lavado de estómago, creíamos que había ingerido drogas, pero lo que había ingerido eran setas. Se ve que no las conoce tan bien como cree.

—Llevo toda la vida comiéndolas y nunca me había pasado nada, seguro que se equivoca.

—No, no lo hago. Para comer setas hay que conocerlas muy bien. Debería comprar libros, ir a cursos de micología y dejarse instruir por expertos. Las setas comestibles tienen muchas similares que no lo son. Es una forma estúpida de arriesgar la vida.

—Le estoy diciendo que yo controlo, que de eso sé...

—Sí, y yo lo estoy diciendo que no tanto como cree. En unas horas le darán el alta y podrá irse a casa. Debido a que la ingesta fue leve, el daño no fue a mayores, unas pocas alucinaciones, las pulsaciones a mil y algún mareo. Dé gracias porque no ha sido nada más serio. Si me disculpa, tengo más pacientes que atender.



El milagro de una ninfa



No recuerdo la cantidad de noches que he pasado en el hospital, ni los miles de tratamientos experimentales que he probado. Llevo enferma más tiempo del que puedo recordar y, a día de hoy, he perdido la esperanza.

Siendo muy pequeña, los médicos conseguían hacerme reír, con el paso del tiempo, solo me robaban sonrisas. En la actualidad, lo máximo que me permito hacer es apartar la mirada o encogerme de hombros. Ya nada consigue alegrarme.

Mi vida ha sido un ir y venir de batas blancas desde mi más tierna infancia. Mientras otros niños iban a jugar, yo pasaba las horas en el centro médico. No sé lo que es salir al campo y correr por la verde hierba, pues el polen y el polvo de la tierra afectan a mi endeble cuerpo. He visto como mis primos, desde pequeños, han disfrutado en la piscina, cosa que yo nunca he podido ni probar. El cloro y las posibles bacterias del agua, acabarían conmigo de nuevo en una cama de la clínica.

Ahora, con mi mayoría de edad recién cumplida, estoy lista para dejar de luchar. No puedo seguir haciendo esto, no puedo seguir luchando por un imposible. No, no puedo...

Mis tristes pensamientos se ven interrumpidos por una enfermera, la tercera que viene a comprobar mis constantes en la tarde. Esta vez la cosa no pinta bien, sé que el final se acerca y sé que podré al fin descansar. La joven me sonrío y yo no puedo decir o hacer nada, es más no quiero hacer nada. El cansancio, la medicación para el dolor y mi desgana hacen que solo desee dormir.

Cuando vuelvo a quedarme sola, me giro en la cama y, con la mirada perdida en las luces de la ciudad que me vio nacer y sufrir mientras crecía, me dejo llevar por Morfeo. Quizá tenga suerte y ya no vuelva a despertar...

Parpadeo y abro los ojos, no sé cuánto he estado dormida, pero al parecer no he tenido suerte. Mi sufrimiento no se detendrá esta vez...

—Hola, mi nombre es Damalis. —Miro a la mujer medio desnuda, atractiva y muy bella, que hay ante mi cama, y achico los ojos. ¿Quién es? —He venido a ayudarte.

Al escuchar lo último, vuelvo a girar la cabeza hacia el gran ventanal de mi habitación y suspiro. Nadie puede ayudarme, hace tiempo que entendí eso, ¿por qué no pueden entenderlo los demás? Ella se aproxima, me lo dicen sus pasos, y yo continuo mirando las luces de Ourense.

—No deberías tratar así a tus visitas, dejaran de venir a verte. —Me encojo de hombros y dejo a mi mente divagar.

La última vez que tuve visita... ¿Cuándo fue eso? Solo mis padres continúan visitándome. No he conseguido, a pesar de mis múltiples ataques y malas caras, evitar que vengan y vean en lo que esta maldita enfermedad me ha convertido.

—La autocompasión no ayuda.

—¿Qué has dicho? —Será insolente la mujer esta, ¿quién se cree para decirme algo así? Llevo más de quince años luchando por vencer al cáncer. Mucho tiempo peleando y perdiendo. Demasiados tratamientos fallidos, intentos y más intentos de superar algo que parece destinado a acabar conmigo. Y ella se atreve a decir que me compadezco de mí misma.

—Hablo alto y claro. Sé que me has escuchado, pero sigues haciéndolo.

—¿Qué demonios quieres de mí?

—Ayudarte, aunque parezcas decidida a morir, no pienso permitirlo.

—No entiendo como podrías ayudarme, los médicos ya no saben qué más hacer...

—Llevo mucho tiempo sintiendo tu mal, eres un cachorrillo herido al que debo ayudar.

—Ya te lo he dicho, no puedes ayudarme. Nadie puede.

—Si, sí que puedo. Mi madre así lo quiere, mi abuela ayudó a Calpurnia en su momento, ella ayudó a otra mucha gente de la ciudad y ahora he de hacerlo yo.

—No sé que cosa rara te has fumado, pero es mejor que te vayas, no tengo suficiente energía para gastarla hablando contigo. —Suspiro y me cubro bien con las mantas. A pesar de lo alto de la calefacción, mi temperatura corporal es tan baja, que siento frío.

—Vale, tú ganas. No insistiré en ayudarte, pero quiero contarte una historia.

—Si así te vas y me dejas sola, habla.

—Hace más de mil setecientos años, vivía en lo que hoy es Ourense una joven llamada Calpurnia Abana. Ella estaba muy enferma y nadie sabía qué le pasaba. Acudía diariamente a As Burgas a tomar las aguas y hacía todo lo que los sanadores le ordenaban, pero eso no era suficiente. Estaba triste y se dormía cada noche llorando, pues sabía que el fin se acercaba. En una de sus visitas a As Burgas, mi abuela la vio y decidió ayudarla a superar el mal que la afligía. Unos días después, se le apareció en sueños y, al igual que tú, ella renegó de su ayuda, al menos al principio...

—No veo en qué puedo parecerme yo a una joven de la época de los romanos, pero si tú lo dices... —Damalis sonrío y continúa con su historia.

—Eco, así se llamaba mi abuela, la convenció de que el sueño era real y de que ella tenía la cura a su enfermedad. Hay que admitir que, por aquel entonces, la gente no era tan escéptica. —Me sonrío y sigue hablando. —Calpurnia escuchó atentamente lo que Eco le dijo y, al día siguiente, en su visita a As Burgas, hizo exactamente lo que ella le dijo. Poco a poco, su enfermedad fue desapareciendo, sus mejillas se volvieron a llenar de vida y sus ojos brillaban de alegría. La satisfacción de mi abuela al ayudarla, fue muy grande, pero nada iguala la felicidad que embargó a la joven. Ella, muy agradecida, hizo grabar en la pared de su casa: NYNPHEIS CALPVRNIA ABANA AEBOSO EX VISV V S L, o lo que es lo mismo, Calpurnia Abana Aeboso cumplió gustosa su voto a las Ninfas, bajo la inspiración de un sueño.

La mujer toma aire y me mira sonriente. Supongo que debo entender de qué me habla, pero lo cierto es que no tengo ni idea.

—¿No has visto antes esa inscripción? —Niego y ella se echa las manos a la cabeza. —Desde mil ochocientos dos, que fue descubierta la inscripción, se ha destapado el misterio de mi familia. Es más, desde la apertura de la piscina en As Burgas, en donde han puesto ese mismo texto en honor a Eco y Calpurnia, mucha gente ha ido al Fervedorio a solicitar nuestra ayuda.

—¿Al Fervedorio? ¿Qué es eso?

—No sabes nada de tu propia ciudad... Es un pequeño estanque enrejado donde puedes ver brotar las aguas a más de sesenta grados, que desprende vapores y crea burbujas en el agua, por lo

que la gente cree que es donde nace y que ahí nos pueden encontrar.

—¿Con todo esto, me estás queriendo decir que tú eres una ninfa y que, al igual que hizo Eco con Calpurnia, me vas a ayudar?

—Sí, como me alegra que lo entendieses. —Da palmadas y saltos, sonriente, y no entiendo muy bien por qué. Parece una niña feliz de haberse salido con la suya, pero su apariencia es la de una mujer mayor y, si lo que dice fuese mínimamente cierto, tendría por lo menos unos cuantos siglos. ¿Pero qué estoy pensando? Resoplo y miro a Damalis. —Gracias por la historia, es muy bonita, ahora me gustaría descansar.

—No, no puedes descansar, tu tiempo se acaba y hemos de impedirlo. —Se acerca a mí y retira las mantas que me cubren, por lo que me estremezco. —Vamos, te ayudo a ponerte en pie, tenemos que ir allí, solo así puedo ayudarte.

—No puedo ir a ningún sitio, estoy demasiado débil, déjame descansar.

—No, has de poner de tu parte, la mitad de la recuperación es la fuerza de voluntad del enfermo. Lucha, Alicia, las dos, juntas, venceremos.

—Para nada convencida, pero sabiendo que poco puedo perder, me dejo llevar por la mujer que ha venido a alterar mi plácido descanso. Si hay una opción, por remota que sea, de ponerme bien, la aceptaré.

Salimos del hospital, sin saber muy bien cómo; nos subimos a un taxi y este nos lleva al pie de la piscina termal de As Burgas. Damalis me ayuda a introducirme en ella y el calor del agua me reconforta.

—Por si no lo has entendido, soy una indina, una ninfa del agua, y mi misión es que te pongas bien. Acuéstate y estira los brazos y piernas, deja que tu cuerpo flote y cierra los ojos, lo demás es cosa mía.

Agotada, obedezco. A mi alrededor la escucho chapotear, cantar y volver a chapotear, pero no me muevo ni abro los ojos. Un apacible y soporífero relax se va adueñando de mí. Unos segundos antes de dormirme escucho a Damalis darme instrucciones para seguir mi tratamiento, pero la bruma lo cubre todo y la oscuridad me lleva.

Abro los ojos, cansada pero más animada y lo que veo me desconcierta. Estoy de nuevo en mi habitación, de nuevo en el hospital rodeada de médicos y enfermeras. Sin entender muy bien lo que ocurre, me froto los ojos y coloco las mantas, era demasiado bueno para ser cierto.

Una enfermera entra y comprueba mis constantes, como miles de veces han hecho antes, pero esta vez algo diferente sucede. Me mira confusa, vuelve a comprobar todo y sale corriendo. Minutos después entra con el médico, que me examina y parece asombrado.

—¿Cómo te sientes, Alicia?

—Bien, cansada, pero mejor.

—Has mejorado mucho en unas pocas horas, no entiendo qué ha sucedido, pero es bueno. Cambiaremos la medicación y te traeremos algo de comer, si todo sigue así, muy pronto podrás irte a casa.

—¿De verdad? —Por mi mejilla corre una lágrima, no sé si de alegría o pena. Miles de sentimientos chocan en mi interior y luchan por salir, tanto derrotismo, tanta pena, tanto dolor... Todo se ha ido. Y todo gracias a Damalis.

—...Tendremos que ver como evolucionas, pero sí.

El médico se va y no he entendido nada de lo que ha dicho. Mi cabeza solo procesaba una y mil veces lo ocurrido, el sueño, porque ha sido un sueño, no me cabe duda, con Damalis y sus enseñanzas para mi mejoría.

Pasan unos días y el médico me manda a casa, tengo que tomar miles de pastillas, hacer dieta y descansar, pero me voy a casa. En el coche, con mis padres en los asientos delanteros, siento la necesidad de ir a As Burgas y se lo hago saber.

—¿Podéis hacerme un favor?

—Claro, hija, lo que necesites.

—Quiero, no... Necesito ir a As Burgas, hay algo que debo hacer.

—¿A qué? —Los dos parecen sorprendidos, desconcertados y muy disconformes.

—Necesito ir, si no me lleváis vosotros, lo haré por mi cuenta, pero iré.

Asienten de mala gana, pero me llevan. Mi padre, que es quien conduce, estaciona mismo en frente de la fuente de tres caños y yo, ansiosa, me encamino hacia el Fervedorio. Espero que Damalis esté ahí. Mi madre se coloca a mi lado, para ayudarme, y niego.

—No, esto es algo que debo hacer sola. —Me mira sin entender nada, pero se aparta y me deja ir.

Una vez ante las rejas, me quedo embobada mirando las burbujas del agua y el vapor que esta desprende. Es cierto que parece un lugar mágico, no es de extrañar que las ninfas habiten en él. Suspiro y me armo de valor.

—Gracias, de no haber sido por ti, hoy no estaría viva. —Una lágrima recorre mi mejilla y cae en el agua burbujeante. —No sé si me escuchas, pero quiero que sepas que siempre te estaré agradecida y que nunca volveré a tirar la toalla. Sé que mi recuperación milagrosa es cosa tuya, así como sé que quizá solo sea una recuperación transitoria. De todas formas, te agradezco el haber venido a verme al hospital, tus consejos y tu magia. Espero que la vida te conceda lo que desees, pues tú me lo has concedido a mí. De corazón, mil gracias.

Me alejo despacio de la fuente, con una sonrisa. Sé que, cuando necesite sentir el empujón, volveré. A ciencia cierta puedo decir qué, haber descubierto que las ninfas existen, que Damalis existe, y su afectuoso trato, me ha hecho mejor persona. Por eso, dedicaré mi vida, sea corta o larga, a honrar el regalo que ella me hizo.

Viviré cada minuto como si fuese el último y no me dejaré hundir en la apatía y la desolación de nuevo. Es una promesa que me hago a mí misma y a todos los que estáis leyendo mis palabras. Nunca más me dejaré derrotar por la pena, lucharé cada día por ser mejor persona y por vivir lo más feliz posible. Eso es lo que Damalis querría y es lo que yo voy a intentar hacer.



Agradecimientos

Este 2019 ha sido revelador: llevo una racha de sequía literaria, una temporada llena de complicaciones en mi vida y demasiado trabajo, por lo que no he escrito mucho, pero eso me ha enseñado cuánto he extrañado hacerlo y no puedo dejar de agradecer a los que me han ayudado a verlo.

Agradezco a Marcos que, cada día, me anima a escribir, aunque no le haga mucho caso. Sé que él sabe cuán importante es para mí y por ello insiste.

También tengo que mencionar lo “pesada” que se puso Silvia en más de una ocasión con su **“una escritora que no escribe”**. Te hago caso, poco, pero lo hago.

Como siempre, agradezco su presencia en mi vida a Las locas de la Escoba. Ellas siempre están ahí cuando hace falta, aunque yo desaparezca un poco del mapa. De verdad, gracias por todo, chicas. Sois las mejores.

Tengo que hacer mención a mi familia, todos me animan y apoyan y eso es una alegría. Gracias.

En esta ocasión, tengo que mencionar a Kiara, pues fue por ella que me animé a hacer este recopilatorio de relatos. Es bueno que los jóvenes y un orgullo que me leas a mí.

No puedo dejar de mencionar a todos los que, en este año, me han preguntado para cuándo el nuevo libro, aquí lo tenéis. Así como tampoco puedo dejar de agradeceréte a ti, que me estás leyendo. Un escritor no es nadie sin sus lectores, por lo que siempre os voy a estar agradecidos.

De corazón, gracias a todos.

Sobre mí



Nací en Gomariz, una pequeña localidad de Ourense, el 23 de Julio de 1986.

Desde pequeña he sido una lectora empedernida, devorando todos los libros que cayeran en mis manos. A medida que pasaron los años fui decantándome por la romántica sin descuidar los demás géneros. De niña escribía pequeñas cosas, relatos o cuentos que con los años se perdieron y que ahora trato de recuperar.

Colaborando con una amiga creamos un blog donde realizamos reseñas de todo tipo y, con el apoyo de la misma, empecé a escribir de nuevo, dejando así salir lo que llevaba dentro. Sobra decir que escribo lo que siento, como lo siento y cuando lo siento. Podría decirse que este es mi lema.

La realidad es que escribo lo que mi cabeza me va dictando. Las ideas preconcebidas y los intentos de guiar una historia por donde pensaba al principio, no valen. Mi mente toma el control y me guía por los derroteros que ella mejor considera.

Pasión, dolor, amor, tristeza, amistad, pérdida, felicidad y miles de sensaciones más que mi cabeza deja fluir a través de mis dedos.



Mis redes sociales



Cristin_Ferro 

CristinFerro23 

CristinFerro23 

CrisRF1986 

CrisRF1986 

www.cristinferro.wordpress.com

Bibliografía



- **Las vueltas que da la vida** (Serie más que amigos 1)
Octubre de 2016
- **Del amor al odio y otros relatos**
Julio de 2017
- **Los líos de Almudena** (Serie más que amigos 2)
Agosto de 2017
- **Atracción física o química**
Octubre de 2017
- **La decisión de Alba** (Serie más que amigos 3)
Febrero de 2018
- **Mucha química y poca física** (AFOQ 2)
Marzo de 2018
- **Apuéstate mi amor** (con Jane Reyals)
Octubre de 2018